CAPÍTULO XXVI

LA TUMBA DE LA VIRGEN

I

La liturgia.—La dama de los Caballeros.—La Comunión de los Santos.—El Arcángel.

A la manera que el *Ave María* termina la jornada del cristiano, comenzada al sonido del *Angelus*, así también la Asunción cierra el ciclo de las fiestas de la Virgen. La Iglesia lo ha establecido así en su liturgia para honrar á la Madre de Jesús, que participó en la Redención, no solamente uniéndose al sacrificio de su divino Hijo, sino también á sus enseñanzas, cuyos secretos divulgó á los Apóstoles después de la Ascensión.

Ella es la que presidió las primeras sesiones de la Iglesia después de la venida del Espíritu Santo. Los discípulos se agrupaban en derredor suyo pidiéndole consejos y consuelos; y cuando se hallaban diseminados por los cuatro vientos del cielo conquistando el mundo para Cristo, á María es también á quien remitían noticias de sus victorias. Ella era, pues, la Dama de estos caballeros de la fe, que se animaban al combate invocando su nombre y su recuerdo. ¿Y cómo podía ser de otro modo? ¿No es María el canal de la ciencia y de la gracia? ¿Y hay que admirarse de que San Juan, el discípulo muy amado, recibiese la guarda de tan inestimable tesoro como una bendición sin igual?

En efecto, en premio de sus cuidados y desvelos y de su ternura filial, su corazón vino á ser un horno de caridad, y su espíritu, elevándose de claridades en claridades hasta el trono mismo del Excelso, trajo de allí esplendores celestiales, esos

proféticos enigmas que arrojan tanta luz sobre el misterioso porvenir del mundo.

La Madre de Jesús habitó durante veinticinco años en la casa de San Juan, que vino á ser un segundo cenáculo, en donde se estableció esta Comunión de los Santos, la primera, la más pura, la más celestial que ha existido sobre la tierra (1). Ella fué el alma de la Iglesia naciente hasta el día en que el Arcángel vino á anunciarle su libertad. Lanzóse llena de alborozo en el seno de Dios porque, aun habitando sobre la tierra, tenía su pensamiento en los cielos. Jesús había llevado consigo al subir á la gloria la mejor parte de su ser.

II

Los Apóstoles y los judíos.—El brazo del rabino. La conversión.—Los sepulcros de familia.

Los Apóstoles se hallaron milagrosamente reunidos en Jerusalén para tributar los honores fúnebres á su Madre. Después de haber recogido su último suspiro, transportaron su cuerpo inmaculado á la tumba que le estaba destinada en el fondo del valle de Josafat.

Refiere la tradición, que cuando bajaban la pendiente del monte Sión con su preciosa carga, unos cuantos judíos, conducidos por un rabino, se precipitaron furiosos sobre el fúnebre cortejo y quisieron ultrajar los restos mortales de la Madre del Salvador. Al quererlo intentar, la sacrílega mano del impío rabino quedó rígida como un palo y todo su brazo paralizado de repente, mientras que sus compañeros quedaban completamente ciegos. Este manifiesto castigo los convirtió. Arrepentidos de su crimen, se arrojaron á los piés de los Apóstoles, quienes los curaron y administraron el santo bautismo.

La entrada de la tumba de la Virgen, situada como he-

(1) ¿Cómo podremos deplorar bastante el que no quede hoy, para perpetuar la memoria de esta santa casa, sino un muro arruinado y una piedra marcada con una cruz en lugar de la iglesia levantada por los primeros cristianos?

mos dicho en el fondo del valle de Josafat, y próxima á la Gruta de la Agonía, es más grandiosa que la del templete del Santo Sepulcro. Su carácter es, á la verdad, el de una morada fúnebre. La fachada de la basílica que cubre el cenotafio de María es de arquitectura romana, y se halla decorada con columnitas de mármol blanco.

En el umbral se abre una escalera que ocupa todo el ancho de la nave y puede recibir diez personas de frente. La bóveda, baja al principio y casi á flor de tierra, va elevándose insensiblemente á grande altura, lo que indica la grande zanja que fué necesario abrir para llegar á atravesar el valle y conseguir excavar el sepulcro.

Hacia la mitad de la escalera se muestran, en una capillita abierta en el muro derecho, los cenotafios de San Joaquín y Santa Ana. Algunas gradas más abajo, y en el lado opuesto, se halla el de San José, esposo de María. Se han emitido algunas dudas sobre su autenticidad, pretendiendo que esto se parecía demasiado á un sepulcro de familia. La verdad es, dice el docto franciscano P. Bassi, que las tumbas antiguas de la Palestina son todas de esta suerte, y añade: «¿Qué cosa hay más natural sino el que no quieran ser separados en la muerte aquellos que han estado unidos en la vida?»

III

La basílica.—Las lámparas.—Las imágenes. Los huevos de avestruz.

La basílica, atribuida generalmente á Santa Elena, está tajada en la misma roca. Forma una cruz latina que mide treinta metros de longitud por ocho de anchura terminándose en un ábside muy capaz. En el brazo izquierdo hay un altar perteneciente á los coptos, delante del cual existe una cisterna de frescas y límpidas aguas. En el derecho, más largo que el anterior, se eleva el monumento de piedra en donde la Virgen Inmaculada reposó algunos días. Forma un templete aislado coronado de una pequeña cúpula. En otro tiempo estaba cubierto de mármol y revestido de preciosos adornos de oro y pla-

ta, reemplazados hoy por algunas imágenes y pesadas tapicerías desprovistas de mérito y sin valor.

Las lámparas de plata, los huevos de avestruz y los globos de cristal muy en uso aquí, constituyen todo su adorno. Estas lámparas, siempre encendidas, crean, en medio de las tinieblas que las rodean, un punto luminoso que atrae invenciblemente.

Al salir del templete se nota en frente de él la capilla de los jacobitas, que no se distingue sino por su pobreza. A la derecha, en el fondo del ábside, se levanta el altar en donde celebran los griegos sus oficios todos los días.

IV

La Asunción.—Los rusos.—La Kimisis.—La Panagia.

No puede admitirse que el cuerpo de la Virgen permaneciese por largo tiempo en el sepulcro. La Iglesia cree en su resurrección y exaltación gloriosa á los cielos desde los primeros días; la fiesta de la Asunción, instituida en los albores del cristianismo, es la prueba más evidente de esta verdad. Esta solemnidad está mezclada y aun velada en Jerusalén por la más grande melancolía, tristeza y pesar.

En efecto: mientras que todos los disidentes son indiferentemente admitidos á celebrar sus oficios en la tumba gloriosa de la Virgen, y los griegos, coptos, jacobitas y abisinios triunfan en medio del gozo y las diversiones, y aun los mismos turcos poseen su *Mihrab* (lugar de oración); solos sus legítimos propietarios son de allí excluidos. La devoción y poesía que de este obscuro templo se desprenden, son sofocadas en el peregrino católico por cierto sentimiento de indignación que le oprime.

El 15 de Agosto, todos los religiosos de San Salvador, seguidos de la población católica, se hacen un deber de ir á visitar el lugar en que residieron por algún tiempo los despojos mortales de la Madre de Jesús. Esta visita tienen que hacerla sin solemnidad alguna, no siéndoles permitido ni aun siquiera decir Misa rezada.

Lo contrario acontece con los griegos, cuyo concurso es

considerable, á causa de los rusos siempre muy numerosos en Jerusalén. Muchos días antes de la fiesta acampan, provistos de todo lo necesario para su sustento, alrededor de la tumba sagrada. Allí establecen sus hornillos al aire libre, para hacer la cocina y el café, ó el *samovar* moscovita para preparar el té que tanto les gusta á los rusos. Levantan, en fin, aquí y allá pequeñas tiendas en donde se ostentan todas las chucherías orientales.

En medio de mil puerilidades, notamos, sin embargo, la interesante ceremonia de la Kimisis (sepultura de la Virgen). En uno de sus oratorios, verdadero relicario bizantino, poseen los griegos, entre otros tesoros, una imagen que representa la *Panagía* (Madona) acostada y dormida, toda cubierta de esmaltes, diamantes y otras piedras preciosas. Sólo se le ven la cabeza y las manos, pues lo restante del cuerpo lo tiene cubierto con un precioso manto de plata. La víspera de la Asunción es llevada procesionalmente esta antigua imagen y colocada sobre la piedra que recibió el cuerpo inanimado de María. Allí se la venera é inciensa hasta que, terminada la fiesta del día siguiente, es decir, elevada sobre los coros de los ángeles la Reina de todos ellos, es vuelta con la misma pompa á su capilla, en donde permanece reposando hasta el año siguiente bajo los dorados reflejos de las lámparas que la alumbran.

V

Nuestra Señora de Josafat.—Asís.—San Francisco. La Porciúncula.

Pero si los católicos y aun los Franciscanos toman tan poca parte el día de la Asunción en la tumba gloriosísima de la Virgen, no sucede así en las afortunadas llanuras de la Umbría, bajo las bóvedas del majestuoso templo que cobija la pequeña iglesia de la Porciúncula, llamada primitivamente *Santa María de Josafat.*

Refiere la historia que en el siglo IV y bajo el pontificado de Liberio, cuatro peregrinos, á su vuelta de Jerusalén, construyeron al pié de la colina de Asís una pequeña iglesia á fin

de colocar en ella un fragmento del Sepulcro de María que les había dado el Patriarca Cirilo. En memoria del valle en que fué depositado el cuerpo virginal de la Madre de Dios, adornaron su oratorio con una imagen que la representaba subiendo á los cielos rodeada de coros angélicos, de donde le vino también el nombre con el que es más conocido, de *Santa María de los Angeles*. Es preciso advertir que con este título era conocida entonces en la mayor parte de los países católicos la fiesta de la Asunción.

Todo es santo, maravilloso y poético en esta historia. Un día, la esposa de Bernardón Moriconi fué á orar al humilde oratorio, pidiendo á Dios le concediese un hijo. Ella lo obtuvo, y este hijo milagroso fué Francisco, destinado á ser la copia más fiel de Cristo, el apóstol de la paz, del amor y de la reconciliación.

Santa María de Josafat fué por él más amada que cualquier otro lugar del mundo. Allí oró, allí lloró, allí fué donde el Señor le inspiró el fundar una Orden ilustre entre todas, llamada, no sólo á salvar las almas, sino á guardar la tumba de Jesús; allí obtuvo además la estupenda indulgencia del *Perdón* ó de la Porciúncula, que cada año, en el mes de Agosto, atrae las muchedumbres á los piés de María Madre de misericordia; allí, en fin, murió, ordenando á sus discípulos, con la solemnidad y autoridad propias de un testamento, que hiciesen de esta Comunidad el espejo de las otras, que jamás abandonasen la Porciúncula y la mirasen siempre como la casa matriz de su Orden.

Jamás se ha realizado con más perfección disposición alguna de un padre agonizante. Desde hace más de seis siglos, los frailes Menores están allí subyugando todas las poblaciones circunvecinas con el poderoso ascendiente de sus virtudes y atrayendo á todas las generaciones al ilustre santuario en que la Virgen manifestó en más alto grado sus gloriosas prerrogativas de Madre del Salvador y su honroso título de abogada de los pecadores.

¿Cómo explican esta devoción de los peregrinos del mundo entero, si no es por la misteriosa correlación que existe entre Nuestra Señora de Josafat de Asís y Nuestra Señora de Josafat de Jerusalén?

La mirada que acabamos de echar sobre la cuna de la Orden Seráfica, de ese santuario tan amado de San Francisco, nos hace tanto más penoso el deber de contar las vicisitudes de la tumba de María, cuanto más contrastan las alegrías y triunfos de la Porciúncula con las angustias y tristezas soportadas por los frailes Menores por la defensa de la Basílica de la Asunción.

VI

Ultrajes.—Reparaciones.—El sucesor de Mahoma.—La lámpara ardiente y luciente.

El Sepulcro de María, como el de su divino Hijo, sufrió los primeros ultrajes de la mano de los emperadores paganos cuya dominación pesaba sobre la infortunada Jerusalén. Cuando llegó el reinado reparador y benéfico de Constantino, la piadosa Elena cubrió con una soberbia basílica, rival de la del Calvario, el subterráneo que había sido depositario de los despojos mortales de la Bienaventurada Virgen. Por espacio de tres siglos, vemos á los fieles acudir á esta basílica para tributar á María todos los deberes de una piedad filial, porque su devoción hacia Ella aumentaba á medida que comprendían el papel que desempeña en la Iglesia la que es el ornamento del Paraíso y la alegría de sus elegidos. ¡Pero llegaron al fin los días de duelo!... El año 636 Jerusalén cae en poder del sucesor de Mahoma. La mezquita de Omar se levanta enfrente del Gólgota; *la abominación se introduce en el Lugar Santo*, y el soplo impuro del sarraceno extingue en el sepulcro de María *la lámpara ardiente y luciente* de que habla el Profeta.

A los frailes Menores pertenece el honor de haberla vuelto á encender, no sólo una vez, sino todas las que el viento de la persecución la ha extinguido.

Parece verdaderamente, dice un antiguo cronista, que María quería por capellanes de su Sepulcro á los defensores intrépidos de su Concepción Inmaculada. ¡Pero cuántas fatigas tuvieron que sufrir al principio para llegar á poseerlo! ¡Cuántos combates en seguida para conservarlo! Y después, ¡qué inconsolable dolor por haberlo perdido!...